

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLOGIA
ARTE



TRABAJOS

originales del poeta costarricense
JOSÉ MARIA ZELEDON

Río y Mar, poesía.
El derecho a la sonrisa.
¡En guardial, poesía.
El violín, poesía.
Sugestión, poesía.
Corazón, poesía.
El granuja, poesía.
Nosotros, poesía.

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

LA SORPRESA DEL DIA

Tres afanosos trabajadores se han reunido para formar una empresa de cultura que les permita vivir independientemente.

LECTURA BARATA

SOCIEDAD DE AGENCIAS EDITORIALES
LIBRERIA, PAPELERIA Y PERIODICOS EXTRANJEROS

Joaquín García Monje, José María Zeledón, Ricardo Falcó

He allí los nombres de los nuevos empresarios.

EL ORIGEN DE LA VIDA

Con este título ha editado la Casa "Publicaciones de la Escuela Moderna", de Barcelona, otro libro, el tercero de la colección "Enciclopedia de Enseñanza Popular Superior", que viene a llenar un verdadero vacío que se observa en la vulgarización de los conocimientos científicos.

Aun tratándose de materia tan abstrusa como la que se refiere al origen de la vida, el autor, J. M. Pargame, pone los conocimientos verdaderamente comprobados, al alcance de todas las inteligencias, estudiando el protoplasma y la célula con gran detención y una claridad muy notable.

El problema que en el libro "El Origen de la Vida" se plantea, trae divididos desde tiempo inmemorial a los sabios y filósofos.

Y no es para menos la capital cuestión de saber si la materia que llamamos *orgánica* es diferente de la que nos ofrecen los cuerpos *inorgánicos* de la química.

Estúdiase en este libro con suficiente

desarrollo la discusión famosa entre Pasteur y Pouchet acerca de la generación espontánea, demostrándose, al hacer la exposición de las diversas teorías sobre el origen de la vida, que desde entonces acá ha progresado mucho la ciencia y el problema está planteado en muy distintos términos.

Claro, que, huyendo de dogmatismos peligrosos, no se da al problema solución definitiva, si bien se deduce, en virtud de *lo que sabemos*, que la célula es la base física de la vida y los hechos vitales son hechos físico-químicos.

El libro "El Origen de la Vida", para la más fácil comprensión del texto, va ilustrado con 69 notables grabados; está esmeradamente impreso y sólidamente encuadernado en tela, no obstante lo cual se vende al precio de ₡ 1.00 en todas las librerías.

Adoptado.

San José, Costa Rica

10 de Noviembre 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 69



JOSE MARIA ZELEDON

En HOMENAJE al vigoroso poeta costarricense
y como REGALO a nuestros suscriptores, engalanamos
todo el presente número con producciones de
JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

RIO Y MAR

A LA JUVENTUD

*Dijo el río: "Yo corro por la vida
reflejando en mis aguas el paisaje
eternamente vario; la dormida
quietud del lago en que el silencio anida
sólo retrata un cielo y un bosqueje.*

*Yo recojo a millares las visiones
al paso de mis gárrulas corrientes;
sé la Ciencia de las Transformaciones
y entono cada día mis canciones
bajo los arcos de diversos puentes.*

*Soy Juventud y llevo en mis entrañas
--como un compendio de ilusiones bellas--
el saludo gentil de muchas cañas,
el perfume de todas las montañas,
la sonrisa de todas las estrellas.*

*Acostumbrado a ver los panoramas
a ninguno me apego; como el viento
que sacude a la vez todas las ramas,
beso al pasar helechos y retamas
bajo la eterna paz del firmamento...!"*

*En tanto llegó al mar, y vio las olas
batir con majestad la roca dura,
silenciosas, intrépidas y solas,
entonando sentidas barcarolas
siempre a la misma, inabordable Altura.*

*Miró la enhiesta mole de granito
reflejarse en las ondas azuladas
como la proyección de un infinito,
y oyó el jocundo y victorioso grito
de las aguas "por siempre renovadas"*

*Y comprendió que en la carrera incierta
bebiendo sol en todos los mirajes,
no estaba, no, la Juventud más cierta;
y que su vida frívola y desierta
era tan sólo un álbum de paisajes;*

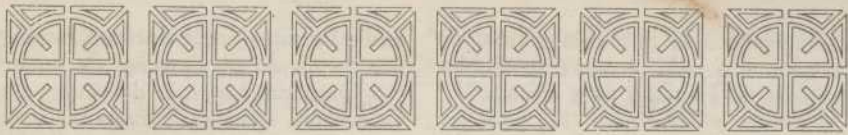
*y al rendir su tributo con nobleza
al pedazo de mar que "reflejaba
siempre una misma roca de grandeza",
lloró sobre las ondas la tristeza
de su vida. Y el mar ni lo escuchaba!*

*Juventud, sed el mar que lucha y canta
batiendo rocas de infinito anhelo.
Sed la onda vivaz que se levanta
para escalar con victoriosa planta
la deslumbrante claridad del cielo.*

*No os arrastréis jamás por las praderas
como el río, en cadencia fugitiva,
lamiendo a vuestro paso las riberas
por recoger visiones. Las banderas
del mar, sólo se agitan hacia arriba!*

*Y cuando el viento del sofisma artero
vuestros dormidos entusiasmos nombre,
contemplad al peñón; firme, altanero,
tiene en su soledad el gesto fiero
de la acerada voluntad del hombre.*

*Sed como el mar, espejo permanente
de un pedazo de cielo y de una roca;
espejo móvil que, perpetuamente,
se alza a la luz solar como una frente
y se abre al huracán como una boca.*



EL DERECHO A LA SONRISA¹

CHARLA JOVIAL

Menudo chasco se han venido a llevar los que atraídos por el benévolo anuncio de los señores directores de este Centro, pensaron asistir a una *conferencia*.

Ante el sentido horriblemente serio y secamente académico en que esta palabra cruza en andas nuestros ambientes eruditos, quien como yo tiene sangre jovial y mocetona—sangre de gamin y de arrapiezo—tiene que reventar en carcajadas.

La conferencia es cosa respetable, inmensamente respetable; y se me figura que para apechugar con ella, necesario será comprarse,—aunque sea al crédito,—una enjuta cara de filósofo con frente arrugada y greñas al desgaire, o una circunspección con lentes de sabio a las usanzas de ahora. Se me figura también—y en esto no hay puntas de fisga—que el traje de etiqueta es de rigor en estas malandanzas.

¡El traje de etiqueta!

Fué indudablemente en una noche de gran baile a la moderna,—al ver al hombre metido entre la sorna de un frac y bajo la lustrosa hilaridad de una chistera,—que le asignaron una ascendencia chimpancesca los acuciosos investigadores que con Darwin, antes de Darwin y después de Darwin, se entretuvieron en morder sabrosamente las cándidas manzanas de nuestro divino origen.

¡Y luego el aire sentencioso de perdona vidas... literarias o científicas que es preciso adoptar para infundir un adarme de fe en la prédica!

¡No y no!! Quédese tan trascendental

¹ Leída en el Club La Libertad y en el Ateneo de la Juventud.

función para los hombres venerables que vinieron al mundo envueltos en la toga del funcionario o en la levita severa y casposa—oliente a rapé y a naftalina—del personaje de academia. Esos que hablan en geroglíficos y discurren silabeando desde pequeñines.

La seriedad. ¡Qué fastidio!

La circunspección. ¡Qué pereza!

Reunir en torno de una mesa manojitos de flores y gavillas de trigo maduro y bien oliente, para servirles por todo agasajo una soporífera disquisición universitaria!

Alabo el gusto y la excelente voluntad de quienes se pirran por cargar con tal empresa.

Después de todo, cuán escasas son las conferencias que no resultan la lectura en voz alta del último libro que entró como rauda golosina a engañar las incurables avidedeces del postulante! Si al menos se examinaran los asuntos con criterio propio y se exprimiera, como en cuba sedienta el rojo caldo, una cualquiera conclusión original...!

Pero noto que voy excediéndome en el prólogo. Porque esto no es sino el prólogo de esta charla jovial que se llama *El derecho a la sonrisa*.

Perdóneseme la extensión del preámbulo, en gracia a la bendita gracia que he tenido de no dedicarlo a esos desteñidos malabarismos de modestia que son la entrada sacramental de toda alocución de alguna monta.

Unos comienzan: "Inmerecidamente escogido para llevar la palabra en este

acto, hágolo con la turbación natural de quien antes que todo reconoce su absoluta carencia de aptitudes para el caso."

Otros tosen y discurren: "No pudo ser encomendado en peores manos el encargo de dirigiros la palabra en nombre del centro recreativo de... *Peor es nada*, pongamos por caso."

Y, maldita tentación de la ironía! Al escuchar tan humildes protestas en boca de tantos pavos de la verba donosa, parece que me hicieran cosquillas con una pluma en la nariz. ¡Una gana de estornudar! Porque ya me parece ver al orador la víspera de la disertación, reunir la familia para espetarle el chaparrón del discurso. Y me parece oír la voz de Juliancillo, un chico de la casa, interrumpir la pieza para proclamar con voz chillona: "Pero papá, si de veras no sirves para eso, ¿por qué no lo dejas? Que encarguen a un señor diputado del asunto."

Y me parece que siento los cuatro alfilerazos de las dos miradas iracundas del padre y de la madre, cayendo sobre la lengüilla encantadora del bebé. Miradas que traducidas sin necesidad de atrevimiento ni de diccionario, suelen decir: Pero no entiendes, angelito, que es una forma *consagrada por el uso*, para dar principio a los discursos?

¡Otra vez no! Que si he venido aquí rompiendo cántaros de risa, es porque he considerado que acaso no defraudaré las amables intenciones de los jóvenes amigos que han querido escuchar mi habla jovial.

¿Que ella es incorrecta?

Díganlo después los críticos del garbo decir que aquí se cuecen a peroladas.

¿Que es insustancial?

Anótenlo en sus carnets los irreprochables pensadores que no desabrochan así no más un solo botón de su levita por miedo a ese demonio de la frivolidad que quiere tentarlos a toda hora.

Yo sé de inteligencias que a fuerza de empinarse para mirar por encima del hombro a los demás, han terminado por quedarse tiesas de la nuca. Las tales ya no comprenden nada que no pueda clasificarse entre las *obras consistentes y perdurables*.

¿Conocéis la marca? La llevan inviolablemente esos pesados mamotretos que

nadie ha visto y que duermen largos sueños de olvido sin ensueños de amor.

¿Qué cosa hay más delicada y fugitiva que una sonrisa? Y nada tan inmortal como ella en el semblante de la vida.

De mí se decir que prefiero a todos los juicios de la Alta Filosofía y de la Docta Retórica, un par de guiños frescos—como dos pudreorejas entreabiertas—de un par de ojazos iluminados por el rayo de sol de una sonrisa.

Y entro en materia.

* * *

Como si hubiera caído un blanco telón de ingenuidad ante vosotros, mirad reproducirse en él los cuadros ingenuos y sonrientes que de mis viejos recuerdos literarios extraigo para regalo vuestro.

Sí, para vuestro regalo.

Presuntuosa y audaz parece la sentencia. Pues no la creáis así. Es que yo digo las cosas tal como las he pensado. Y esa misma campechana jactancia que os ha hecho sonreír, está escrita en el corazón de las palabras un tanto embusterillas de los que os dicen con vergonzantes humildades: "No os quiero fatigar más con esta insulsa y desgarrada perorata".

Sabed ante todo que en estos momentos me detengo en la cumbre de los treinta y seis años. Sintiendo la joyante plenitud de la vida y la vigorosa pleamar del pensamiento, me vuelvo para mirar por la llanura antes de emprender el tramonto. He deseado ver qué cosas quedan de mi paso, en el camino empedrado de luchas y de satisfacciones; y sólo he distinguido allá de largo en largo—brillando como luciérnagas en noche de temporal—las sonrisas que alegraron fugazmente el paso de las horas.

Nada otra cosa se distingue en la tortuosa vía.

Lo cual me ha hecho concebir un orden de filosofía de natural simplicidad, de lozano empirismo, que se condensa en esta fórmula.

¡La única felicidad es la sonrisa!

No es esto un reniego de las antiguas luchas.

Queden bien, allá donde quedaren, los iracundos gestos de batalla, sobre los cua-

les siempre flameó el sedeo plumón de una sonrisa. Es esto una nueva y pujante profesión de fe en la vida—jubilosa sonrisa de la naturaleza—hecha desde la cumbre de un nuevo y vigoroso sentimiento. Es esto la demarcación de un nuevo rumbo por sendas florecidas, de quien llegó hasta aquí con el pensamiento libre de rencores y dobleces; como la blanca e hinchada vela de un bajel de pescadores, que dibuja en la fisonomía del mar una sonrisa de esperanza.

Sonríe el cielo al beso de la luz y alza los tibios vahos de una aspiración de vida satisfecha. Y de este milagroso conubio de sonrisas, brotan otras no menos embriagantes: la flor, que es la sonrisa del jardín; el aroma, que es la sonrisa de la flor; el céfiro, que es la sonrisa del aire; los pájaros, que son la sonrisa de las frondas; el trino, que es la sonrisa de los pájaros; el murmullo, que es la sonrisa de la fuente; el suspiro, que es la sonrisa del amor. Y cuando la noche viene y desparra su infinita tonalidad de sombras, abre en ellas amorosamente graciosos agujeros desde los cuales sigue fluyendo sobre nosotros la divina sonrisa de la luz.

Quitad del mundo la sonrisa, y lo habréis hecho una mueca.

La sonrisa es sana y reconfortadora. ¡Cuántas veces bajo el dorado fulgor de su relámpago, caen al suelo las armas que llegaban a herirnos! ¡Cuántas veces diluida en su claror nuestra amargura, se convierte en tristeza, esa dulcísima ambrosía, que no es dolor y tiene sus perfumes acres, que no es placer y encierra la voluptuosidad de sus hechizos; que es la revelación más intensa, y noble, y victoriosa de la virtualidad del pensamiento.

Porque la tristeza es la inefable sonrisa de la idea.

Vuelvo la vista hacia adelante, es decir, hacia abajo por la pendiente opuesta a la que acabo de vencer, y no diviso sino dos senderos.

¿Paralelos? Me parece que no. Noto entre las brumas de ese horizonte que llaman porvenir, frecuentes conexiones de ambas rutas. Diríase una escalera de infinitos peldaños en zigzag. Son los caminos de la sonrisa y del sollozo.

Quien deseche esas rutas, se extraviará en el caos.

Quien las tome y marche por ellas con paso firme y corazón airoso, sabrá llegar al fin de la jornada con el pensamiento blanco como la mística sonrisa que pone la edad sobre las infantiles cabezas de los viejos.

A poco que la sonrisa se analice, brota el sollozo. En cuanto meditamos el sollozo, salta el hilo de luz de la sonrisa.

Sonreír siempre, es la divisa de los buenos. Sonreír de todo y ante todo. De los zarpazos insensatos de la pena que acecha nuestra debilidad para abatirla; de los audaces pujos de la estulticia que nos inunda transitoriamente con su oleaje; de los asfixiantes estrujones de la violencia que es la expresión más gráfica de la realidad.

La sonrisa es una pequeña fuerza invulnerable. Si el asesino supiera mirar la sonrisa vehemente del puñal enviada bajo la noche a las estrellas, sentiría su brazo aliviado del peso del arma que rodaría a acabar de sonreír entre las piedras. ¿Quién sabe? Cuántas redenciones que ignoramos habrán sido consumadas por una de estas inefables sonrisas sin necesidad de sangre inútil ni de calvarios de mal gusto.

La sonrisa es consuelo. La sonrisa es azote. Para vengar la afrenta que nos hierre, no hay como arrojar a la faz del ofensor un ramillete de sonrisas, con la elegancia y la ufanía con que se lanza al rostro de una hermosa en noche de carnaval, un fragante puñado de confetti.

La sonrisa es alfiler que clava en las paredes del ridículo, la nocturna mariposa de la insidia que nos importuna.

Al discurrir en estos mismos días en la soledad llena de rosas de mi escritorio, sobre las calamidades que según los hombres serios amagan a la patria, he llegado a pensar que si nuestros eximios educadores nos hubieran puesto a cultivar como es debido nuestro ingénito *derecho a la sonrisa*, no tendría razón de ser la congoja que hoy se come a algunos al ver que no tenemos ejércitos de línea ni relucientes armamentos para salirle al encuentro a la conquista.

Tendríamos sonrisas suficientes para hacernos invencibles.

* * *

Notad que estoy insistiendo bravamente en las aguerridas jovialidades de esta charla, en la idea de un *derecho* a la sonrisa. Todos nacemos con él.

Lo traemos,—no debajo del brazo como el bollo de pan que la sonriente fe de nuestros bisabuelos miraba en cada uno de los retoños de su prole,—sino en los labios que se contraen en forma de cucharas para dejar escapar los primeros vagidos: llanto alegre de vida, que afirma en el corazón del que lo escucha el poder universal de la sonrisa.

Pero sucede con él lo mismo que con la Libertad. Se la trae al nacer como propiedad indiscutible, y luego suele perderse en las ilusorias derrotas de la suerte.

La sonrisa es blanca, como la leche que borda con coqueterías de jazmín la boca de los niños.

Quien no conserve la leche de la infancia entre los labios del corazón, no tiene derecho a la sonrisa.

Los puros, los sinceros, los afables, los que llevan en el pensamiento como una camelia, la hidalguía, esos tienen derecho a la sonrisa.

Hay sonrisas que son muecas. Dan la impresión fría y punzante de una daga asendada sobre el corazón. Son las llamadas sonrisas de la perfidia. Mistificaciones protervas. Flores de trapo con que adornan sus insaciables ansias de rapiña los astutos merodeadores del sentimiento, los sacrílegos baratijeros de la idea.

De esos bienaventurados de la vida cómoda, no será nunca el florido jardín de la sonrisa.

Si nos quejamos amargamente de la vida, es porque no sabemos mirar sus alegrías.

Estamos empeñados en marchar a cordel, como sobre unos rieles, afectando una seriedad que nos estorba.

¡Cuánta pena da mirar a esos hombres solemnes que van tirando del carro de una reputación consagrada de notabilidad, camino de los despeñaderos de la Historia a cuyos bordes no encontrarán sino la úl-

tima sonrisa: la helada, pero al fin apacible sonrisa de la muerte!

En los caminos de la vida, está cayendo incesantemente una tenue nevada: la sonrisa. Aquellos que saben recogerla, forman graciosas bolas y van en tropa locuaz tirándose a las nuca el dulce calofrío de la ventura.

¿Por dónde hemos de caminar que no tropecemos con un niño?

Pues si lo miráramos con la plácida unción que su belleza reclama, seríamos felices un instante. Porque los niños son las más encantadoras sonrisas de los hombres.

¡Ah los niños! Delicadas flores de sentimiento y de alegría que llenan de perfume los hogares. Tiernas y dulces avecitas que saludan la aurora con la divina canción de la sonrisa.

¿Quién resiste a sus gracias? Sería preciso llevar una piedra dentro del pecho para mirar a un niño con rencor o con envidia.

Acercaos a una cuna y os sentiréis sobrecogidos de respeto. Son débiles muñequitos de carne sonrosada y nos parecen sagrados. ¿Será la conciencia de su debilidad que obra en nosotros? O será la explosión de la vida que ellos representan la que inspira a nuestros ánimos tan profunda reverencia?

* * *

Entre todos los cuadros del hogar, hay uno que canta y que palpita con mayores encantos de armonía. La primera sonrisa.

La madre se ha quedado extasiada, con el fulgor de la dicha en el semblante. El padre ha caído de rodillas y en la expresión de su rostro hay dejos de inefable ternura. ¿Qué pasa? Que ha sonreído el niño. Y el sol del amor que reina soberanamente sobre el grupo, lanza sus mejores rayos y enciende allí sus regias luminarias. La cuna sonríe, las rosas del jarrón sonríen también; y en el pequeño espejo se retrata la radiante sonrisa de la estancia.

* * *

Y la primera palabra? ¡Ah! quien nunca la ha escuchado ignora la más noble fruición de la existencia! El mutismo insinuante cae vencido sobre el piso y allí se duerme quietecito. El verbo surge como

cascada de luz y la boquita del niño es un tesoro. ¡Cuánta miel y cuánta música; cuántos soplos de aromas penetrantes! ¿Le oís? Ha dicho mamá.

Cuando los vendabales de la suerte azoten su existencia, volverá otra vez a sus labios la palabra sagrada y a su mente el recuerdo de la madre.

Cuando muera, también ha de salir de su alma, envuelto en el último suspiro, el nombre de la madre.

¡Ha dicho mamá! Luego dirá muchas cosas ¡tantas cosas! Cuando hable para decir la verdad, para proclamar la justicia, para cantar la razón, qué hermosas habrán de ser las vibraciones de su voz llevadas por el alado corcel de la palabra!

* * *

Es dulce contemplar en sus juegos a los niños. Nos dejan la grata impresión de su ventura de un momento y el temor de la desgracia que miramos con los ojos del alma, acurrucada en actitud de acecho. Son tan sugestivos los gestos de los niños!

Su primer juguete les encanta al principio. Lo contemplan primero asustados, luego lo toman con picaresca curiosidad, enseguida lo aprietan con cariño para romperlo después. ¡Son tan volubles!

Lo suelen ser también cuando grandes. Sueñan, fantasean, divagan... y cuando alcanzan la adorada ilusión que habían soñado, la arrojan sin piedad y pasan sobre ella en la marcha de sus eternas ambiciones. De niños juegan a grandes; de grandes, desean ser niños. Y la escena del primer juguete va reproduciéndose constantemente en su existencia.

* * *

El primer diente es un triunfo. Ya se dibuja vagamente en la encía la motita blanca aguardada con empeño. Parece una semilla de granada que apenas empieza a madurar. Y ha sido el padre el autor de tal hallazgo. ¡Qué felicidad!

¡Poder ostentar aquel puntito blanco, como una valiosa joya, ante los amigos de la casa!

Ya tiene un diente, luego tendrá un

amigo, después una novia. Luego cosechará distinciones, irá colgando de su nombre uno a uno, todos los triunfos de su vida. Cuando los dientes hayan caído, quizá la soledad de su boca sea hermana de la triste soledad de su corazón.

* * *

Ajá, ya dió su primer paso vacilante y medroso. Mirándolo sonreír de su victoria, me entusiasmo y me apeno. Parece un hombre; ya dejó de ser el pobre animalito que se arrastraba hace unas cuantas horas. Al verlo avanzar resueltamente por el cuarto, me parece un esfuerzo en marcha, que va a recoger el progreso de los hombres en el punto en que una generación lo ha abandonado para tenderse a dormir su último sueño, y llevarlo hacia adelante, siempre hacia adelante. Pienso después con el corazón oprimido por la congoja, que va al encuentro del dolor. ¡Y es tan duro ese encuentro!

* * *

Quien sienta anegado el corazón por la amargura y arder en los labios, como una ascua, la maldición contra la vida, que be-se la boquita de un niño siempre fresca, siempre sonrosada.

Los niños alientan y refrescan, rejuvenecen y consuelan. Suavizan las asperezas de la familia y son un lazo que acerca las voluntades que el odio ha separado. Para deponer todo rigor contra las indignidades de los hombres, no hay sino imaginarlos rodeados de sus niños en un rincón cualquiera de su hogar.

Amemos a los niños, delicadas flores de sentimiento y de alegría que llenan de perfume los hogares! Amemos esas tiernas y dulces avecitas que saludan la auro-ra con la divina canción de la sonrisa!!

* * *

Cuando el amor, que es el supremo encanto de la vida, llega a nuestra ventana y canta su vieja serenata, una sonrisa interior responde con sus trinos.

La profunda revelación nos ha sido

hecha talvez entre la red de notas—que también llevan sonrisas que cuajan a veces en sollozos—de alguna melancólica canción. Entonces ponemos nuevas cuerdas al arpa del corazón y cantamos a la primavera que florece en nosotros:

Hay en todo suspiros de dicha,
 hay en todo fulgores de fiesta.
 En el cielo puro
 de la mañanita, mueren las estrellas;
 y las mariposas
 con alegres giros de danzas aéreas,
 agitan sus alas
 y en el húmedo ambiente revuelan.
 Las flores esparcen
 su mejor esencia,
 y los pajaritos
 cantan como nunca tan dulce lo hicieran.
 Las nubes, fingiendo
 barcas que se alejan
 hacia mundos nuevos,
 --rápidos los remos e hinchadas las velas,—
 me dicen por medio
 de las blancas lenguas
 de mil blancos pañuelos de seda:
 "el amor ha triunfado
 y a gozar de su triunfo te espera".
 Y en tanto en mi alma
 brotan flores nuevas,
 cuyo aroma jamás mis sentidos
 gustaron. Estrella,
 ¡cómo agita tu amor en mis sueños
 sus rojas banderas!!

* * *

Y vibrando por el amor, también entonamos melodías tísteramente dulces, bañadas por la voluptuosa emoción de la melancolía, acompañándonos con el mismo instrumento conque acabamos de cantar ese renacimiento del corazón, si aquella a quien amamos no está cerca de nosotros:

Me parece que ha tiempo tus ojos
 no alumbran los míos:
 me parece que ha tiempo tu boca
 cuajada de mimos,
 no desgrana palabras de azúcar
 sobre mi cariño.

Me parece que todas las aves
 rompieron sus trinos:

me parece que todas las fuentes
 callaron su dulce canción de suspiros.

Me parece que ya no hay rumores,
 rumores de trinos
 ni de besos, en la arpa del viento
 que pasa fingiendo sollozos de olvido.

Me parece que nunca tus ojos
 tan suaves, tan vivos,
 volverán a regar en mi frente
 su limpió brillo...

¿Por qué te has marchado?
 ¿No sabes el frío
 que sacude mis nervios cobardes
 —mis nervios de niño—
 cuando pienso que acaso no vuelvas
 a alumbrar con tus ojos los míos?

Reinecita, no tardes, se muere,
 se muere de hastío,
 el poeta que tiene su numen
 tan sólo en tí hijo.

Reinecita, no tardes, parece
 que todos se han ido,
 y que vago sonámbulo y triste
 buscando el camino
 que a tu reino me lleve. No tardes!
 ¿por qué no has venido?
 Reinecita, no tardes, que lejos
 de tí siento frío...!

* * *

Después es un amigo, casi un hermano, que va a editar un libro primoroso, en el cual su fino pensamiento supo cristalizar las más altas bellezas. Entonces le rogamos que nos permita poner el rosal de unas palabras a la entrada, y exclamamos:

Es este un jardinillo.
 Lo plantó una conciencia,
 y en las tardes doradas del verano
 la musa del amor viene, y lo riega.

No lo circundan vallas
 de punzantes espinas, siempre abierta
 —como una voluntad que abre los brazos—
 está la portezuela;
 y en el fondo, como un lienzo de vida
 que el sueño de las flores protegiera,

hay un abigarrado y sonriente
tapial de enredaderas.

Aquí las rosas tintas
y las puras camelias;
aquí los girasoles luminosos
y las enamoradas madre selvas;
aquí las margaritas, que son almas
errantes de poetas;
aquí los dulces lirios
que son manos de amor, finas y erectas;
aquí las flores todas, que son sílabas
del armonioso verbo de la tierra.

Al llegar, se oyen trinos,
se oye una suave orquestación de ideas.
Entrad los que sepáis que en vuestras almas
los luceros del arte parpadean;
los que sintáis en lo interior los pasos
de una ilusión que llega;
los que en las oquedades de los bosques,
por entre las marañas de la selva,
sintáis vibrar las liras de los árboles
al son de sus canciones de tristeza;
los que sepáis del frío
que punza entre el jergón de la miseria;
los que sintáis la lluvia
del llanto del dolor cómo golpea
sobre la soledad del desamparo
con ruda persistencia;
los que en la tempestad de la injusticia,
cruzando los espacios de la pena,
habéis visto brillar la sierpe de oro
que es látigo encendido: la protesta;
los que lleváis, como florón de gloria,
como nobles preseas,
en la marcha anhelosa por el mundo,
una esperanza enhiesta;
los que tengáis sonrisas que ir colgando
de las tupidas rejas
tras de las cuales las traidoras garras
de la perfidia acechan;
los que llevéis el corazón florido,
y colmada de ensueños la cabeza;
los que entendáis por qué fue Don Quijote
esclavo del amor de Dulcinea...

Entrad al jardinillo.
En torno a su constante primavera,
zumban los delicados sentimientos
como rondas de abejas
que recorren los huertos de la vida
libando mieles y aspirando esencias...!

* * *

Y todo ello viene a ser, en resumen,
el grato peregrinaje por los senderos de la
sonrisa y del sollozo. La hiel de la amargura
queda proscrita de la vida para los
que saben sonreír con lágrimas y llorar
con sonrisas.

Lluvia y sol haciendo primorosos arco-
iris en las mañanas apacibles de nuestra
adolescencia, en los mediodías borrascosos
de nuestra juventud y en las tardes
plácidas de nuestra ancianidad.

* * *

No es justo deteneros por más tiempo
ante los escaparates de mi charla.

¡Jóvenes!, que sea vuestra juventud un
campo verde, eternamente florecido de
sonrisas.

Dejad el gesto amargo y el ceño horri-
blemente pensativo, para los viejos del co-
razón que derrocharon ya el tesoro de su
vitalidad en largos y profundísimos estu-
dios entre libros, y no guardaron para
frescura de su pensamiento las rosas de
juventud que el tiempo por sí solo no mar-
chita nunca.

Vuestra preciosa edad es la más arro-
gante sonrisa de la vida.

Se os ha dicho desde esta tribuna en
que he venido a sonreír para vosotros, que
el silencio es de oro.

Se os ha asegurado también desde este
mismo sitio, que el silencio es de brosa.

Tan contrarias sentencias llevan un
fondo de razón, así como entre el soplo
de los vientos encontrados ruedan particu-
las del mismo polvo que cubre los cami-
nos.

Recoged ambas máximas, pero reco-
gedlas sonriendo; y no olvidéis que ese
oro con que se fabrica el silencio, ha ser-
vido para amasar los ídolos ante los cua-
les la superstición mantuvo siempre atado
el pensamiento humano, y para acuñar las
monedas con que se compra la integridad
de los hombres, la virtud de las mujeres
y la independencia de los pueblos.

No olvidéis tampoco que entre esa bro-
sa que el silencio representa, ruedan hacia
el campo los granos fecundos que el sol

de la alegría hará luego esponjarse, como besos, entre los labios entreabiertos de los surcos.

Callad cuando la sonrisa de la melancolía dore el trigal de vuestro pensamiento.

Gritad cuando la sonrisa de la acción

vivaz, caldee los entusiasmos o las indignaciones de vuestro corazón.

Pero siempre—en paz o en lucha, melancólicos o alegres, apacibles o indignados—haced flamear sobre vuestros juveniles gestos—como banderitas de esperanza—delicados festones de sonrisa.

¡EN GUARDIA!

Sobre la tumba de don Próspero Fernández en la manifestación del 12 de Octubre de 1913

Firmes, con la firmeza de los robles, altos, con esa altura de las palmas que parecen decir acentos nobles del idioma vibrante de las almas, están tocando a gloria los vivaces recuerdos de otros días.

Evoquemos sus claras ufanías bajo el dombo infinito de la Historia. Cortemos del rosal de las canciones vigorosas, las más enhiestas rosas, y a los invictos sonos del clarín de las bravas ilusiones, marchemos en bandadas bulliciosas por la orilla del mar, mientras golpea contra el talud de nuestros corazones, la tempestad de las claudicaciones que intenta en vano conmovér la idea.

La insensatez despierta; es hora aciaga. Cayeron los reductos salvadores de la Escuela, vendidos por traidores, bajo la potestad que nos amaga.

Alcemos, pues, como si fueran flores de integridad, los pensamientos, y haga cada cual de sus sueños una daga de convicción que, hiera al fanatismo

con golpes luminosos: lancemos los bridones animosos a todo galopar, sobre el abismo.

Nadie llóre la suerte merecida que en las complicidades del mutismo—norma de nuestra vida—preparó el egoísmo.

Limpiemos con honor nuestra bandera sobre la cual florecerá el ensueño, en una deslumbrante primavera de firme voluntad y heroico empeño; y al igual que las aves procelarias cantemos la tormenta, sacudiendo las alas temerarias de nuestra hermosa juventud redenta.

Bien venida la lid que nos ofrece un campo a la ansiedad. Vibren las lanzas en torno al Ideal que no perece; coloquemos manojos de esperanzas en nuestro escudo y vamos a la brega.

¡Soldados del deber, la lucha llega! Y aquí, sobre la tumba del Patricio que nuestra gratitud orna de flores, proclamemos la Ley del Sacrificio.

Redoblen los tambores,
¡Paso al noble escuadrón de gladiadores!

EL VIOLIN

No es el violín un pájaro que canta, ni es un sensible corazón que implora; si la pasión lo estruja, se agiganta, si el sentimiento lo acaricia, llora.

La mano que lo toca y lo levanta es quien le imprime un alma voladora; la música sutil que nos encanta es obra de esa mano creadora.

Así el verso que a todos nos seduce.
¿Por qué loar a aquel que lo produce si él no es más que un violín hecho de rosas?

La emoción que lo pulsa y que lo inspira es quien ruge, quien canta y quien suspira en el eterno ritmo de las cosas.

SUGESTION

A doña Sara Aguilar de Montealegre, graciosa inspiradora de este canto

Cerca de la mesa
donde yo trabajo
hay una ventana;
los alegres rayos
del sol, me saludan
desde muy temprano
tras de las vidrieras
mientras tomo el "Diario"
o el "Mayor" y empiezo
mis eternos cálculos,
enfilando cifras
y sacando saldos.

Frente a mí se abren,
como dos ojazos
que miraran siempre
todo lo que yo hago,
otras dos ventanas
de un hogar cercano
que también saludanme
siempre, desde hace años,
con las claras risas
de sus vidrios claros.

Dentro de la casa,
como en un santuario
hay un rostro joven,
distinguido y raro
por lo sugestivo
y por lo gitano.
Es un rostro hermoso;
nunca lo he mirado
sino así a hurtadillas,
sino así de largo,
mientras hago cifras
mientras busco saldos,
pero es tal la fuerza
de su amable encanto,
y tal la costumbre
vieja de mirarlo,
que lo considero
cual si fuese un algo
fraternal que hablara
de mi hogar lejano,
de mi esposa ausente,
de mis adorados
hijos que me esperan
para darme abrazos,
para darme besos
en las tardes, cuando

muerto de fatiga
vuelvo del trabajo.
Es el rostro bello
de una niña. ¡Tanto
tiempo ha trascurrido
desde que a su lado
sin ella saberlo,
sin ella notarlo,
desde mi ventana
la contemplo un rato
diariamente, mientras
como en vuelo raudó
las mezquinas cifras
se me van por alto!
Soy un buen testigo
de sus nobles rasgos
infantiles, llevo
mil recuerdos gratos
de sus afecciones,
de sus delicados
sentimientos; nadie
los tendrá más sanos.
Desde mi escritorio
pasar he mirado
sus costumbres puras
y sus gestos francos,
sus enaguas cortas
y sus trajes largos,
sus dichosos juegos,
sus amores castos.

* * *

Se casó la niña
con un mozo guapo
digno de sus prendas,
digno de su mano,
y hoy vive dichosa
cuanto puede estarlo
quien como ella tiene
juventud y encanto;
y las dos ventanas
del hogar cercano
que han mirado siempre
como dos ojazos
fijos, inmutables,
todo cuanto yo hago,
continuaron riendo
como en tantos años

con las claras risas
de sus vidrios claros.

Pero una mañana
ambas se cerraron
como si durmieran
un sueño muy largo.
Todo silencioso,
todo arrebujaado
entre sus paredes,
bajo sus tejados,
mucho tiempo estuvo
el hogar; y en tanto,
algo muy solemne,
algo muy sagrado
sucedío.

La casa
revivió y al cabo,
como ante el conjuro
de un acento mágico,
aquellas ventanas
a mirar tornaron
hacia el sol, y luego
como dos ojazos
que conocen todo,
todo cuanto yo hago,
me dijeron muchas
cosas—que yo guardo
entre mis recuerdos
más dulces y santos—
con el brillo alegre
de sus vidrios claros.

* * *

La mariposilla
ha dejado el árbol
y a volar empieza
por los verdes campos.
El capullo queda
hecho mil pedazos
cabe el recio tronco,
sobre el césped blando.
Esta mañanita,
bajo un sol de mayo
fuerte como él solo,
retozón y majo,
la graciosa y bella
dama de quien hablo

salió muy oronda
con un niño en brazos.
¡Daba gusto verla!
¡Qué resuelto garbo
en sus ademanes
y en su firme paso!
Orgullosamente
iba taconeando
sobre las aceras
con su rorro al brazo.
Corrí como un loco,
¡no pude evitarlo!
para ver de cerca
cómo iba avanzando
por sobre las planchas
del embaldosado,
como si exclamara
con su andar ufano:
"soy más que una reina,
por nadie me cambio."

* * *

Traje los recuerdos
de mi hogar lejano,
cual si fuesen flores,
y los hice en ramos
que mi pensamiento
se fué prodigando
ante los avances
de su pie gallardo.
Luego ante mi mesa
me senté llorando...
con sonrisas de esas
con que el entusiasmo
llora; en ocasiones
la sonrisa es llanto.
¡Que la dicha colme
los hogares sanos!
¡Que el amor no cese
nunca de alumbrarlos!
exclamé, y me puse
junto al libro "Diario"
a empezar el rudo
trajín cotidiano...
de enfilar las cifras,
de buscar los saldos...!



CORAZÓN

A la dulcísima memoria de Edmundo de Amicis

Ligeros, como pájaros,
llegaron ese día
a la casa de Enrique
los niños; la alegría
de la fiesta, en sus ojos
comenzaba a brillar,
como una dulce aurora
que al sonrosar los montes,
descolgara cortinas
sobre los horizontes,
de luminosos hilos.
La fiesta iba a empezar.

Precusa, el valeroso
Precusa, con su blusa
remendada entró ufano;
y después de Precusa
llegaron a la sala,
llenos de turbación
pero todos felices,
Votino el vanidoso,
Estaro el gruñoncillo,
Carlos Nobis, Deroso,
Garofi, Franti, Nelle,
y Coreta, y Garrón.
Faltaba uno, el pequeño,
el pobre albañilito,
el que todos querían
por ser tan pequeñito
y tan jovial ¿qué cosa
lo obligaba a faltar?
¿Talvez estaba enfermo?
¿Acaso le ocurriera
algo por el camino
que al pobre le impidiera
como sus compañeros
a la casa llegar?

Pensando en eso estaban
cuando entró el hombrecillo
metido entre una blusa
de su padre; el ladrillo
y la cal matizaban
aquel traje de dril
que al trabajo llevara
la víspera el obrero,
a quien no producía
sino escaso dinero
y sí muchas fatigas
su oficio de albañil.

¡Viva el albañilito!
gritaron a porfía
los niños, en el colmo
de loca algarabía,
y todos los semblantes
pusiéronse a reír;
como si aquella fiesta
de dicha y de cariño
tuviera por objeto
celebrar a aquel niño.
¡Viva! ¡Viva! por todas
partes se oyó decir.

.....
.....
La tarde terminaba;
los chicos ya cansados
de jugar, sus sombreros
buscaban precisados
y en grupos comenzaban
la casa a abandonar.
Cuando el albañilito
se levantó, quedaba
en el sofá la huella
de la cal que llevaba
en el algodón. Enrique
se abalanzó a limpiar
el sitio, mas su padre,
sujetándole el brazo
se lo impidió y le dijo:
"estrecha en un abrazo
a tu amiguito, y dile
que vuelva por aquí,
que a todos nos alegra
su presencia, y aprende
a mirar en sus gestos
una luz que se enciende.
Un obrero es un faro
de la conciencia" Y,
después que se fue el niño,
continuó con dulzura:
"No dejé que limpiaras
los rastros de pintura
del sofá, porque el chico
al presenciar tu acción,
iba a sentir vergüenza
del perjuicio causado
y a encontrar en tu empeño
de limpieza, encerrado

el pensamiento injusto
de una reconvencción.
La cal de sus vestidos
no ensucia, es del trabajo
un sello venerable,
sólo mancha lo bajo,
lo sucio, lo mezquino,

lo cobarde también.
No lo olvides, y quiere
siempre al albañilito
porque es tu compañero,
y porque lleva escrito
en su frente este lema:
el trabajo es el bien."

EL GRANUJA

(De Ada Negri). — Para la señorita Ester Silva, todo corazón

Quando por la vía bullente y fangosa
lo miro que pasa triste, sucio y bello,
rotos los zapatos, la blusa andrajosa,
pálida la frente, revuelto el cabello;

cuando lo diviso sobre el empedrado,
por entre los carros que atascan la vía
arrojar pedruscos con aire malvado
a los perros que aullan con melancolía;

cuando lo contemplo—pobre flor de espino!—
que ríe y que salta, lejos del tugurio,
—la madre en la celda del taller vecino,
el padre en la cárcel—un penoso augurio
oprime mi pobre corazón lloroso
y digo: pedazo de afecto que ruedas
por la tierra, solo, sin rumbo ni guía,
acaso librate del vicio no puedas,
acaso con ansias el crimen te espía. . .

Gárrulo adornito del nido materno,
¿que harás en la vida dentro de unos años?
serás del trabajo condenado eterno
o réprobo libre, zurcidor de engaños?
¿vestirás la humilde blusa del obrero
o del presidiario la odiosa librea?
¿hallarás acaso sobre del sendero
una florecilla que tus pasos vea?

Entonce a la calle descender quisiera,
tomarlo en mis brazos, ponerlo en mi seno,
cubrir sus andrajos con mi cabellera
y luego, en un beso de ternura lleno,
decirle: "te amo, porque en tu figura
miro levantarse mi niñez marchita

sin pan, sin abrigo, sin sol, sin ventura.
 Mi madre fue esclava del taller que mata
 y apuró valiente la hiel que envenena;
 al besarte, siento su memoria grata
 que viene y me besa. Comparto tu pena”.

Y al verlo alejarse me quedo llorando
 ¿qué hará por la vida sin rumbo y sin guía?
 ¿qué voces lejanas lo estarán llamando?
 ¿las de la tristeza? . . . ¿las de la alegría . . . ?

NOSOTROS

Saludo a Manuel Ugarte, apóstol latino-americano

Don Quijote está alegre porque tiene en América
 émulo ardoroso de su empresa quimérica,
 y me ha dicho que salga a ofrendarte, al camino,
 con su saludo, el yelmo que heredó de Mambrino.
 Cumpló su encargo, ilustre soñador peregrino.

Llegas en hora aciaga, llegas en hora triste,
 cuando de negras nubes el horizonte viste.
 Llegas en hora trágica, cuando la garra hirsuta
 del oso imperialista nuestros vientres escruta,
 y en el escudo invicto de antiguas rebeldías
 hace nido de amores la odiosa prostituta
 de la traición.

No importa! Trovador, buenos días!

Nuestra tierra es un carmen de flores aromosas;
 tiene para el viajero visiones prodigiosas,
 y perfumes, y cantos, y sonrisas, y arrullos.
 Aquí hallarás alegres explosiones de rosas
 en todas las mujeres, y dulces y armoniosas
 vibraciones de nidos en todos los capullos.

Aquí la primavera constante, la que enerva
 el vigor de los hombres, la que da a la proterva
 mansedumbre, ancho campo para su fácil vida;
 aquí la paz perpetua de una sangre dormida.

Despertarla no intentes con tus claras trompetas;
 ni tenemos apóstoles, ni tenemos poetas.

Somos un buen remanso del torrente indo-hispánico
que arrastra grandes luchas con impulso titánico.
Aquí llegan, y flotan, y ríndense al fin quietas,
domeñando el coraje de sus ansias secretas,
las olas más rugientes de la ambición y el pánico.

La dulce y blanda cera del alma nacional,
ignora las presiones del Bien, y las del Mal.

Verás, somos sencillos labriegos, como el canto
de la nación lo dice con malicioso encanto;
al soplo de los nortes nuestro destino abierto,
formamos leves ondas de un inmenso mar muerto.

Agitarlo no intentes con tus soplos tenaces,
conmoverlo no quieras con tus gritos audaces;
todos te aplaudiremos con entusiasmos ciertos,
pero ¡mira! no pidas frutas a nuestros huertos
en los cuales, por mucho que busques y que explores
hallaréis siempre flores, y nada más que flores!

Tus manchegas andanzas por la América hispana
son hermosos delirios de tu mente lozana. . . .
y las veinte naciones que convoca tu acento,
son otras tantas aspas de un molino de viento
que mellarán los filos tajantes de tu idea.
Si otros lauros no anhelas que los que aquí conquistes
llevado por la fuerza gallarda con que embistes,
ay! seguirá esperando la bella Dulcinea!

No importa! Los clarines de lírica contienda
no callan, aunque rueda deshecha nuestra tienda,
si aun quedan oriflamas a nuestras fantasías.
Quijotes que cabalgan rocines de esperanzas,
no paran en las ventas, ni rezan letanías,
ni llevan de escuderos robustos Sanchopanzas,
ni abaten los plumones de su altivo penacho
en honor de las bodas del dichoso Camacho
que es el rey invencible de las salchicherías.

Tengan para la vuestra singular donosura
cariño nuestros brazos, nuestras almas dulzura!
Y lleven a tu oído graciosas melodías,
el canto de las horas, y el canto de los días.

Imprenta Moderna, frente á la Biblioteca Nacional, San José.

DEFENDIÉNDONOS

I. *Renovación* ha sido de las primeras revistas que han procurado ajustarse a la nueva ortografía de la Real Academia Española. Cierzo. Pero esto sólo significa que nos parece conveniente cierta conformidad mutua entre los que escriben una misma lengua. La desgracia está en tener que ponerse de acuerdo con un cuerpo como la Real Academia. ¿Qué hemos de hacer nosotros? Cuando escribiéramos en revistas especiales acerca de ciencias bien definidas, para nada consultaríamos la Real opinión. Con gusto aplaudimos la despreocupación del autor a quien tenemos el honor de responder, al escribir *telefono*, *telegrafo* (con la misma acentuación lógica de *telegrama*), *avogado*, *asufre*, etc., etc.

II. No creemos en la bondad de la especialización escolar prematura. Está dicho. Pero tampoco creemos en la posibilidad de "un perfecto enciclopedismo en segunda enseñanza".—Hace 19 años, presentamos al Ministro de Instrucción Pública un proyecto de reforma de la segunda enseñanza, aplicable por igual a los institutos de varones y de mujeres. Tomamos dos palabras de la *Exposición de Motivos*, publicada en *La República* (diciembre de 1894):

Al hablar de la redacción de los programas, sentábamos que: "Para todos los que deban hacer programas en vista de

una enseñanza general en sus principios, pero *no enciclopédica* en su materia, el comienzo del buen juicio es el *permitir ignorar*".

Tratando de la promoción de los alumnos al fin del año escolar, decíamos con la Academia de Medicina de París: "Consigue así mi plan dos resultados particularmente importantes: 1º. Hacer que la calificación final dada a cada alumno dependa menos de los exámenes que del trabajo y aprovechamiento durante todo el año.—2º. Favorecer la manifestación y el desarrollo de las diversas aptitudes especiales, que son a menudo características de las mejores inteligencias. Con ese fin admite que los diferentes conocimientos inscritos en los programas puedan equivalerse y *suplirse*, sin pedir una omnisciencia que, tan general como insuficiente, dista bastante de ser prueba de superioridad intelectual". (29 de diciembre de 1894).

Recordemos de paso que en nuestro viejo proyecto se establecía un ensayo de especialización en los dos últimos años de los cinco que dábamos a la 2ª. enseñanza. Hoy no nos atreveríamos ya a tanto. Radicalmente estamos contra toda especialización artificialmente buscada. Una cosa es el desarrollo espontáneo según determinado tipo natural y otra cosa es la *atrofia* por falta de ejercicio o de alimento o de libertad.

ELIAS JIMENEZ ROJAS.

Acusando recibo

En tiempo de elecciones, por E. Malatesta. — Agrupación "Tiempos Nuevos" No. 37, Montevideo.

El valor de la iniciativa individual, por Juan Grave. "Nuevos Rumbos", Río Negro 1180, Montevideo.

Mar y Tierra, revista de propaganda sociológica y educación ra-

cionalista. — Editor: Juan O. Chamorro A., Valparaíso, Cerro Cordillera Canal No. 6.

Huelga General, periódico editado por Alberto Paredes, Los Angeles, Cal., calle N., 420.

El Loro, semanario de libre pensamiento y propaganda socialista, Antofagasta, Chile.

Lea LA LINTERNA, revista ilustrada de crítica social

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLAS y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jérusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El refugio, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.